

# Para no resignarse a la condena de la exclusión

Jorge Alonso



Leyva, Xochitl. *Poder y desarrollo regional*, Ciesas/El Colegio de Michoacán, Zamora, 1993, 325 pp.

Frente a *Poder y desarrollo regional* no sólo nos encontramos ante un libro que ha merecido un premio, sino también ante un trabajo que revela capacidad y oficio antropológicos. Combina atinadamente las mejores tradiciones de la investigación regional con el microanálisis político.

Brigitte Boehm de Lameiras contextualiza esta investigación al ofrecer una apretada síntesis de las diferentes vertientes de la antropología política en México.

Xochitl Leyva se propuso y logró atraer al lector hacia su visión compleja y humana de lo que estudió. Vincula atinadamente los niveles económico y político de una región desde la óptica de una localidad. Conjuga análisis estructurales con procesualistas y accionalistas. Da cuenta de las transformaciones de caciquismos y liderazgos contrastando la disputa por el control de los recursos estratégicos regionales. Enfatiza que el poder es un concepto relacional, y examina los nexos entre la región y el Estado nacional.

Indaga cómo tierras, agua, créditos, semillas, fertilizantes, ganados y mercados se hacen fuentes de poder y de conflictos, y cómo este conjunto sustenta disputas electorales, primero al interior del mismo partido del Estado y posteriormente en una contienda competitiva entre partidos.

Puruándiro no puede ser entendido sin La Piedad. La similitud de vocaciones económicas están signadas por el nivel y la magnitud de las actividades y en la interrelación. La crisis de avicultores impuso un cambio de ramo. Lo porcícola se impone como alternativa; pero agricultura, ganadería y agroindustria se van complementando con hegemonía de esta última, no exenta de altibajos. Xochitl Leyva precisa los diversos momentos de la historia económica, profundiza en modelos distintivos entre quienes disponen de enormes recursos y pueden especializarse y quienes desde posiciones medias tienen que atender ciclos completos. En esta forma desentraña las estrategias de producción y comercialización, y encuentra que existe una visión espacial de las actividades que condiciona la misma diferenciación social lugareña. No obstante el peso regional del núcleo más dinámico, se generan zonas que tienen la posibilidad de diseñar con cierta autonomía su quehacer productivo.

El desarrollo económico permite la formación de nuevos grupos que entran en contradicción con viejos cacicazgos fundados en recursos y controles tradicionales. Cada grupo, además, va forjando su élite dirigente. La intermediación con agencias gubernamentales y con el partido del Estado se llega a poner en juego. La rivalidad se va trasladando. Intervienen como actores contrapuestos ya no sólo grupos

económicos emergentes contra viejos cacicazgos, sino caciques que se han convertido en empresarios frente a empresarios de nivel medio que no toleran la exclusión. Pero éste no es todo el escenario.

La autora desentraña los elementos de continuidad y de cambio en la estructura de poder. Estudia al cacicazgo enfatizando la óptica de la personalización del poder. Describe y analiza la estructura, la organización, la función y la evolución del caciquismo pinedista de Puruándiro, que a partir de los años setenta se convirtió en el eje articulador de la dinámica regional. El poder se concentró en una familia que ejerció el dominio en seis municipios. La oposición provino primero del ámbito empresarial, pero finalmente también surgió el cuestionamiento desde las mismas bases campesinas. Los temas justificadores adoptados por el caciquismo se remitían a la veta revolucionaria agrarista. Xochitl Leyva rastrea la formación tanto en términos de allegamiento de recursos como de impacto social y de control político por parte de esta familia poderosa encabezada por un fuerte liderazgo. Si el cardenismo con la dotación de tierras propició el enraizamiento de un tipo caciquil, el echeverrismo con el apoyo a la infraestructura agrícola no lo acabó sino que impulsó su transformación.

El libro hace ver cómo el cacicazgo fungió como estructurador de lo regional al monopolizar los canales de acceso a la sociedad mayor. El cacicazgo contribuyó a consolidar la ideología de dominación que identificaba los nexos entre el ejidatario con el partido oficial y el Estado. Esto hizo del campesino un agente político no sólo tutelado sino subordinado, supeditado y corporativizado. El caciquismo tejió redes familiares para fungir como mediador privilegiado. Su modernización se dio con el cobijo del aprovechamiento y la manipulación de una

estructura organizativa agraria promovida desde las políticas presidencialistas en el echeverrismo. Este agente modernizado en lo económico prosiguió con la estructura y función ancestral política que reprodujo el clientelismo y el autoritarismo. Permaneció la presión y la represión. Pero también el otro pilar del poder, el consenso, se conformó a través de las gestiones promovidas no como derecho sino como favor. Se acrecentó la diferenciación social entre los ejidatarios. La familia caciquil aprovechó su posición para transformarse en prósperos empresarios al derivar recursos públicos y los beneficios de su control en provecho grupal. Los costos sociales pronto se dejaron sentir, sobre todo porque la fuente del poder y del dinero era una política diseñada desde arriba y desde fuera. La corrupción provocó la concentración de bienes en manos escasas, y la organización agraria, que como aerolito provenía desde las alturas del poder, fue siempre una entidad ajena a los campesinos, una instancia apropiada por el caciquismo para la distribución de insumos agropecuarios. La formalidad de una empresa ejidal lejos estuvo de los pretendidos alegatos autogestivos, pues funcionaba y era en realidad un negocio familiar. Se reproducía el patrimonialismo característico de los políticos del partido del Estado. Si al concluir el sexenio se había cerrado la llave, a tal punto había medrado y acumulado la familia caciquil que ya se encontraba colocada en otro estrato social y había fraguado un poder local nada desdeñable. Los caciques pasaron a formar parte de la burguesía local y disponían además de la centralización del poder político y de la sujeción de sus bases campesinas, que sufrían bajos ingresos y la explotación del trabajo corporativo. La autora destaca cómo la estructura caciquil no desaparece con la modernidad agroindustrial.

Como buena antropóloga, Xochitl Leyva indaga acerca de las redes sociales que sirvieron de capital social para la entronización de ese caciquismo. Consta que el parentesco es la matriz de las relaciones de poder local. El crecimiento económico regional propicia también que otros grupos de productores y profesionistas entren en contradicción y se atrevan a retar al poder de los caciques empresarios que encabezaban el sector agrarista de la zona.

Xochitl Leyva estudia los movimientos sociales y políticos de finales de los setenta y los ochenta. Evalúa su impacto social en la dinámica local y regional. Mientras el conflicto social durante el periodo electoral en 1979 y 1980 queda circunscrito a una lucha faccional intersectorial al interior del partido del Estado, el de 1988-1989 se convierte en un movimiento electoral de base campesina con posiciones alternativas. El ayuntamiento es estudiado como la arena, como institución de ejercicio del poder en disputa. En los años treinta, con Cárdenas, el municipio quedó en manos de los ejidatarios, o más bien de sus dirigencias. Al diferenciarse la sociedad local y consolidarse los grupos de

comerciantes, acaparadores de granos, avicultores e introductores de porcinos, esa diferenciación también quiere reflejarse en el manejo municipal. En la década de los setenta una renovada cúpula con base ejidal campea económica y sobre todo políticamente, pero a finales de la década otra fracción de la élite económica intenta recomponer el poder local. No obstante, más allá de un enconado conflicto, la estructura burocrática permite al caciquismo resistir los embates. El apoyo del caciquismo había menguado con el incremento del núcleo urbano. El partido del Estado media la confrontación con la solución salomónica de un interinato, pero al presentarse el subsecuente periodo electoral prosigue la imposición desde fuera, el fraude y la represión de descontentos. La confrontación de las élites urbanas contra las rurales se resuelve en favor de estas últimas, quienes habían venido detentado el poder. El movimiento de protesta tiene que atrincherarse en resolver el costo político de la confrontación y en sufrir las consecuencias del desquite de un poder que fue puesto a prueba. La pugna interelitista se vuelve a presentar en la siguiente campaña por medio del partido que había servido de válvula de escape a los problemas internos priístas, el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), pero con la candidatura presidencial del hijo del general Cárdenas las bases campesinas sojuzgadas tanto por sus dirigentes como por las élites urbanas constituyen un nuevo movimiento de masas. Pese al fraude, la emergencia campesina logra sacar adelante el reconocimiento del triunfo del diputado cardenista para la zona. Este movimiento social enfrentó al caciquismo priísta y a la burguesía regional también seguidora del partido del Estado. La autora disecciona estos comicios y empieza a constatar novedades políticas que desde en-



---

tonces hasta la fecha vienen presentándose en Michoacán. Los lazos de parentesco ya no garantizan lealtades políticas uniformes. Xochitl Leyva evalúa los conflictos y sus consecuencias en el ámbito político y sus repercusiones en la estructuración social. Erosionado, el poder regional tiene que emprender una reestructuración; pone todo su empeño en reconquistar el control político regional con base en hacer funcionar a la burocracia y echar mano a los recursos públicos. No obstante, el triunfo opositor sustentado en la rebelión electoral de los de abajo, de los largamente excluidos, alteró las tradicionales estructuras políticas. El movimiento de masas transmutó la política local. Sin embargo, no hay una mirada simplista sobre esta fuerza emergente. Su constitución no está exenta de resquebrajaduras. Su emergencia no está asegurada. Su existencia implica un reto de difícil constitución y convergencia de actores no homogéneos.

Mérito de este libro es que su mirada regional no pierde de vista las condicionantes que impone lo nacional a lo regional. Reconstruye la región desde perspectivas de corte histórico. Puntualiza la distribución no equitativa de los recursos municipales y señala el acceso diferencial a los mismos. Escudriña lo concreto local sin perderse en sus anécdotas porque mantiene siempre el rigor analítico. Se aleja de los esquematismos. Xochitl Leyva demuestra la urgencia de la creación de formas nuevas de interacción entre la sociedad civil y los partidos políticos, entre éstos y los movimientos sociales. El libro es una constatación de incipientes cambios en la sociedad mexicana y los retos que plantea a un Estado que no sólo debe modernizarse y reformarse, sino sobre todo atender las demandas de amplios sectores que no se resignarán en lo económico y en lo político a la condena de la exclusión. ♦